

Jarauta, Francisco; Javier de Lucas y Sami Naïr (edición de Javier de Lucas). *La amistad como una de las bellas artes*. València: Tirant Humanidades, 2023.

Ángeles Solanes Corella
Institut de Drets Humans
Universitat de València
ORCID: 0000-0002-4207-6113

Fecha de recepción 16/12/2023 | De publicación: 22/12/2023

La magnífica obra editada por el profesor Javier de Lucas y escrita por él junto con los profesores Francisco Jarauta y Sami Naïr nos hace reflexionar en profundidad sobre la sociedad moderna y las relaciones interpersonales. Su relación de «razón sin razón», de «pasión razonable y razón apasionada», su amistad, es el germen del proyecto común de estos tres grandes intelectuales.

Como bien señalan sus autores, este libro trata sobre la amistad entendida como un elemento esencial y necesario para la vida de todo ser humano, y por ello, como una de las bellas artes. Recuerda Naïr en el prólogo, apelando a Montaigne a propósito de su íntimo amigo fallecido Étienne de la Boétie, una afirmación que da buena cuenta inicial de la imposibilidad de definir la amistad «¿por qué él?», «porque era él, porque era yo». Una frase que evidencia que el poder y el alcance de la amistad no puede, ni debe, comprenderse racionalmente.

Tras el prólogo, el libro continúa con Francisco Jarauta, filósofo y catedrático de Filosofía de la Universidad de Murcia, quien abre su paso con una crítica a un mundo moderno inundado por el individualismo y las relaciones interpersonales interesadas, un escenario de nuevas ansiedades en el que nos acompañan maestros de la literatura como Melville, Verne y Conrad. La segunda parte la conduce Javier de Lucas, catedrático de Filosofía del Derecho y Política de la Universitat de València. En su estudio certero sobre el reconocimiento o rechazo de la alteridad analiza obras clásicas de la literatura occidental y nos muestra que la proyección externa del otro es un eje central en la historia del pensamiento filosófico, social y político. Por su lado, Sami Naïr, catedrático de Ciencias Políticas de la Universidad de París VIII, nos relata las relaciones de amistad que mantuvo su amiga Simone de Beauvoir con Elizabeth Lacoïn y Maurice Merleau-Ponty y cómo estas influyeron en la vida de la gran pensadora y filósofa francesa fraguando y reforzando su rebeldía y posicionamiento político. También nos habla de otros dos de sus amigos, como son Edgar Morin y José Saramago. Cierra la obra Javier de

Lucas abogando por una amistad como relación de conocimiento y de saber como un don superior a la sabiduría y como el más necesario para todo ser humano.

Se advierte desde el prólogo la complejidad para definir una relación de amistad. Naïr acertadamente emplea a Montaigne, pero también a Pascal cuando este dice que «el corazón tiene razones que la razón no entiende». Jarauta, con su pluma inteligente, nos muestra una realidad moderna que dificulta aún más dicha búsqueda, pues la sociedad actual está claramente marcada por un interés y una *ratio* económica. El autor acude al universo que ofrece el mar en el romanticismo como un lugar donde vivir lo que nos niega una ciudad moderna inhabitable donde reina el anonimato, un espacio de posesión e interés, y lo hace a través de la dicotomía razón-imaginación o ciencia-arte en constante tensión durante la época.

Las aguas de los océanos son el espacio escogido por Melville para mostrarnos a un ser irracional como el capitán Ahab en *Moby Dick*, un ser herido que solo aspira al reencuentro vengativo con la ballena blanca. El mar ofrece un lugar para la aventura y el descubrimiento que se ajusta a las expectativas de curiosidad y pasión por la ciencia de los lectores de la época, y que Verne fue capaz de captar para afianzar el mito del progreso beneficioso para la burguesía industrial y financiera. Su capitán Nemo se muestra como un libertario que deja atrás todo lazo familiar o personal para emprender su vida en las aguas, pero este autor va abrazando poco a poco un pesimismo sobre su época del que deja constancia en sus últimos relatos. El héroe romántico pasará a ser el de Poe, más siniestro e interior.

Los nuevos océanos y territorios están abiertos a numerosas perspectivas, mitos y leyendas, pero como Jarauta nos recuerda, Conrad, en su *El corazón de las tinieblas* halla en esos espacios un lugar para explorar nuestra conciencia y nuestros fantasmas durante el imperialismo dominante. El sistema se había preocupado en eliminar cualquier alternativa a la dominación y colonización europea, que se presentan como único presente y futuro posible en el hemisferio sur. Al mandato de Leopoldo II de dotar de humanidad y civilización a quienes eran culpables de pertenecer a los comienzos del tiempo que conllevó esclavitud, expropiación y exterminio, Marlow, en su búsqueda de Kurtz, nos indica que lo peor de todo era sospechar que las personas que se encontraba en su viaje no eran humanas. Kurtz exclama el horror que experimenta en la colonia y advierte de que solo quien carezca de entrañas podrá sobrevivir a la oscuridad de las tinieblas creadas por el imperio.

La segunda parte del libro trata sobre la alteridad y su reconocimiento o rechazo. Javier de Lucas nos habla de un reconocimiento dialéctico y avanza su tesis de que el progreso civilizatorio está ligado a la

aceptación del otro concretada en el derecho, una verdadera igualdad entre sujetos desde la diferencia y no a su pesar. Como experto en la materia, este autor ofrece óptimos argumentos para evidenciar que el reconocimiento o su ausencia es clave en la historia del pensamiento. Precisamente una historia del reconocimiento es lo que nos ofrece De Lucas en sus páginas mediante un repaso a la literatura que nos lleva desde Homero y la mitología griega o el Antiguo Testamento, hasta llegar a las conocidas tinieblas de Conrad, pasando por clásicos como Montaigne, Shakespeare, Defoe o Swift.

El rechazo a la alteridad es un recurso instintivo ante una amenaza percibida debido a la ignorancia o prejuicios sobre la realidad que es reforzado por la idea conservadora clásica en la que se asocia homogeneidad a cohesión y desarrollo. Ya nos advirtió Heráclito de que aquella es impostada, no es natural sino forzada, y De Lucas nos explica que con ella se fomenta la dominación y desigualdad. Para negar el reconocimiento del otro es más fácil presentar su alteridad no tanto como un peligro sino más bien como un ser incompatible y de ahí que se tienda a la deshumanización para justificar un trato contrario a su dignidad. En ello consiste visibilizar hasta el extremo rasgos diferenciadores para ofrecerlos como prueba de incompatibilidad con nosotros, medida de humanidad. El lenguaje es una de esas claves identitarias que puede obrar como barrera separadora de humanidad. De Lucas acude al mito de la torre de Babel para destacar que la falta de comunicación era un símbolo de castigo divino; la diversidad es vista como una patología social para todo orden. Del «divide y vencerás» se pasa al «a nuestra imagen y semejanza» del mito de Proscuto y el canon de normalidad inherente a la homogeneidad: el otro no tiene valor en sí mismo sino en la medida en que reproduzca lo que nosotros deseamos.

La literatura igualmente ofrece ejemplos de aceptación y reconocimiento como la hospitalidad en el *Libro de Rut* o la *Odisea*, pero también de cómo la condición de alteridad puede ser creada mediante el derecho, incluso para aquellas personas que pertenecieron al «nosotros» como nos muestra la figura de Antígona. De Lucas marca como punto de inflexión la obra de Montaigne por su relativismo cultural y por su postura sobre la barbarie: todos somos bárbaros, solo que siempre serán todos los «nosotros» quienes denominen así a todos los «otros». Shakespeare aporta una visión de esos «otros» en la figura del «moro» y del «judío» como los chivos expiatorios tradicionales en Europa. El dramaturgo resalta la imposibilidad de Otelo y de Shylock de ser aceptados por la sociedad veneciana, pero también su instrumentalización. Su estancia es tolerada siempre que sea beneficiosa para la sociedad de acogida. En este caso, aunque

sean personas que encarnan el mal en sí mismos para la cultura del miedo alimentada por la ignorancia, son necesarios y, por ello, se les permite estar, pero no ser iguales en derechos.

Defoe y Swift tratan la alteridad desde la perspectiva de la supuesta superioridad del europeo dominador de los mares que visita terrenos habitados por otros. Mientras Robinson Crusoe ofrece un arquetipo de civilización marcada por la ideología del individualismo posesivo que justifica la desigualdad y en la que entra en juego la competencia y no la cooperación. Por su parte, Swift, a través de Lemuel Gulliver, se acerca a Montaigne para ironizar y satirizar el imperialismo europeo, defendiendo un relativismo cultural y rompiendo con el especismo, ya que, son precisamente los caballos, los animales no humanos, los que sirven a Gulliver de refugio al volver a su hogar después de sus viajes. Como nos recuerda De Lucas, son ellos, los radicalmente diferentes, los que nos humanizan. Por su parte, Montesquieu y Kafka dan voz al «otro» para hablarnos de nosotros mismos. El primero, para indicar que las supuestas diferencias irreconciliables no son más que creencias coyunturales consecuencia de la ignorancia y prejuicios humanos; el segundo, para recordarnos, desde la perspectiva de un simio que se halla en el limbo entre lo humano y no humano, la fluidez de las categorizaciones que realizamos para delimitar nuestro espacio y las barreras con la alteridad.

Conrad vuelve a escena bajo el escrutinio de Javier de Lucas, quien considera la colonización como una de las manifestaciones más terribles del proceso de deshumanización y cosificación del otro, y hace una brillante comparación entre las tinieblas de aquel autor y las mostradas por Ford Coppola en *Apocalypse Now* en la que Marlon Brando nos recuerda a Kurtz y su horror. De Lucas emplea otra película, *Blade Runner*, adaptación de la novela *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* de Philip K. Dick, y dirigida por Ridley Scott, para comparar la alteridad dramatizada en aquella con la sufrida hoy por las personas migrantes. La política migratoria que instrumentaliza a dichas personas, al someter su existencia legal a nuestro beneficio, resuena en el rechazo a los replicantes. El control fronterizo que marca la vida y el destino de miles de seres humanos, que ha convertido al Mediterráneo en la ruta migratoria más peligrosa y mortífera del mundo, es también analizado por De Lucas como un nuevo *Anábasis*.

En la tercera parte del libro, Sami Naïr nos habla de tres de sus amistades y pensadores de primer nivel como son Simone de Beauvoir, Edgar Morin y José Saramago. Con respecto a la primera, nos ofrece la historia de su relación con Elizabeth Lacoïn (*Zaza*) y Maurice Merleau-Ponty, a través de la correspondencia epistolar con ambos. Naïr describe la relación con Zaza como una relación intelectual desde muy temprana edad, que tuvo como obstáculo desde sus inicios la oposición familiar a dicha unión.

Fue una amistad con divergencias importantes también en el ámbito religioso, pero que no les impidió buscar juntas el sentido de la vida. En una etapa posterior, Simone conoce a Merleau-Ponty. Las cartas revelan un vínculo intelectual, pero quizá más filosófico, en el acompañamiento que se dieron mutuamente en su cuestionamiento de la vida a través de una búsqueda transparente de sentido. Sin embargo, la empresa se truncó ante la conversión de aquel al catolicismo que fue recibida con sorpresa por parte de Simone. La falta de comunicación en un aspecto vital pudo ser vista como una traición a esa amistad franca que ambos buscaban, y la relación degeneró en tragedia con la muerte de Zaza, prometida de Merleau-Ponty, a quien Simone culparía durante décadas de su fallecimiento. De nuevo la falta de transparencia arruina la amistad, ya que el motivo de la desgracia lo guarda oculto Merleau-Ponty con el fin de salvaguardar la intimidad familiar: era hijo *ilegítimo* sin saberlo y el padre de Zaza había amenazado con hacerlo público si continuaban con su intención de contraer matrimonio para su escarnio y el de su madre, algo que Zaza no pudo finalmente soportar.

Nair continúa con Edgar Morin, esta vez para alabar su figura y su obra a través de anécdotas y curiosidades que solo un amigo puede narrar. Como optimista desesperado, tal y como lo define Nair, Morin ve imposible el control humano de la máquina-mundo que hemos creado y no ve solución justa, pero nos indica que el camino siempre será aquel que nos conduzca a la sociedad-mundo y a la tierra-patria. Dese la idea que Jarauta nos anunciaba sobre la sociedad moderna, Morin propone acercarnos aún más al abismo como, quizá, la única forma para revertir la situación y salvarnos. Concluye su elogio al filósofo y sociólogo francés relatando una situación anecdótica en la cual fueron víctimas del fenómeno de fanatismo identitario con motivo del conflicto entre Israel y el pueblo palestino en 2002 y un texto conjunto publicado en *Le Monde*.

La amistad de Nair con José Saramago se ve reflejada en las últimas páginas de esta tercera parte de la obra y que transcriben sus palabras en un encuentro organizado en Lanzarote en el centenario del nacimiento del autor, una persona que nos advirtió de nuestra *ceguera*, ante la cual no cabe otra respuesta que la *lucidez*, entendida como toma de conciencia política frente al poder global, los mercados y el excesivo individualismo contemporáneo.

Esta magistral obra de Francisco Jarauta, Sami Nair y Javier de Lucas concluye con un epílogo de este último autor en el que nos recuerda que, si bien no se trata de un libro sobre la amistad, esta ha sido su motor. Por eso, este trabajo inspira y pone en valor esa sensación que está presente en todo el escrito: la amistad como un don superior a la sabiduría, en palabras de Cicerón, el don más necesario, según

Aristóteles. La amistad es, como De Lucas concluye, comunicación en la verdad, en el conocimiento, en el saber y, empleando palabras de Pessoa, “un diálogo en un alma”.